

*Atahualpa
no pudo*



Otro sí puede

En la Cordillera de los Andes yacen restos de la civilización Inca que existía antes de la llegada de los conquistadores españoles, y constituyen hoy una gran atracción turística. Para algunos, tales reliquias evocan sentimientos de tristeza debido a la tragedia que le sobrevino a los incas y a su noble jefe Atahualpa.

Al llegar Pizarro y sus hombres al lugar donde Atahualpa tenía reunidos a sus nobles, así como muchos de su pueblo, con el objeto de recibir a sus ilustres visitantes, no hubo señal de hostilidad. Pero los españoles no habían venido en visita de cortesía, sino en busca de riquezas. Mediante una astuta traición, hicieron preso al rey, matando a miles de sus súbditos, encerrando a su víctima con seguridad.

Entonces el monarca ofreció pagar una suma fantástica para obtener su libertad. Alcanzando con la mano la mayor altura que le fue posible tocar en la pared de la celda donde estaba, dijo que podía llenarla de oro hasta esa altura. (La pieza medía cinco metros por seis, y la altura señalada en la pared era de dos metros y medio.) Dijo además que de la misma manera

llenaría de plata la pieza adyacente. Pidió dos meses para reunir todo este botín.

Trabajaron afanosamente los fieles peruanos para traer esa enorme cantidad de todas partes del dominio de los incas en el tiempo estipulado, y alcanzaron hacerlo. Los conquistadores, sin embargo, no honraron su compromiso; más bien, sometieron a Atahualpa a una muerte horrenda. Su gran rescate no le pudo librar.

Pero sabemos de otro rescate de mayor valor que sí fue eficaz para procurar el objetivo por el cual fue pagado. Siendo nosotros todos presos del pecado e incapaces de procurar nuestra liberación, el Salvador Jesús, en maravillosa gracia, se ofreció a sí mismo para pagar el costo de nuestra redención mediante el derramamiento de su sangre preciosa.

En la Biblia, el apóstol Pedro escribió a creyentes en Cristo: “Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero

sin mancha y sin contaminación,”
1 Pedro 1.18, 19.

La sangre de Cristo, derramada en el Calvario, es de más valor que todo el oro y la plata del mundo entero. Ningún rito, ningún santo, ninguna religión, ninguna obra nuestra puede hacer lo que aquella sangre hace si uno acepta aquella obra para sí. La muerte y resurrección de Jesucristo es lo único que vale para redimirnos de toda iniquidad, y de la condenación que todos merecemos.

En Cristo, dice el apóstol Pablo, “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia,” Efesios 1.7. ¿Tienes tú esta redención? ¿Desde cuándo? Si no, la puedes tener ahora y por la eternidad.

Andrew Stenhouse



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com